

su tutela. Decepción infame que no puede concebirse sino en una sociedad á quien la civilización sólo ha conducido al sofisma, el desenvolvimiento de la inteligencia á una decrepitud prematura é imbécil, y que está condenada á arrastrar una existencia sin dignidad y sin gloria. Los siglos de barbarie, si están obscurecidos por costumbres atroces, á lo menos esas costumbres eran fecundas porque sirvieron de base á la civilización; si estaban manchados con crímenes horribles, esos crímenes entristecían pero no degradaban á la humanidad, porque estaban acompañados de una abnegación generosa y porque nacían del principio, si se quiere exagerado, pero siempre vivificador, de la libertad del hombre <sup>1</sup>.

Se ha dicho que el triunfo de la civilización consiste en que los tratados arreglen las diferencias que sólo se arreglaron antes con la espada: yo mismo he probado esta verdad; pero cuando los tratados exceden los límites que su naturaleza les impuso; cuando los hacen personas sin misión; cuando las sociedades se someten á su imperio, la civilización ha perecido. Su triunfo es el de la humanidad: la humanidad puede triunfar en las guerras civiles, en medio de las convulsiones y de las tempestades, que, si son testigos de sus extravíos, lo son también de su existencia. Pero cuando la humanidad sufre que se realicen acontecimientos que no son la obra de su voluntad, y sistemas que no nacen de su inteligencia, la humanidad no triunfa, se suicida. Así, la Diplomacia, hija de la civilización, la conduce con la sociedad á la muerte si la sociedad y la civilización no vuelven á trazarla con una mano poderosa los límites que ha traspasado con sus continuas invasiones.

Hubo un momento en que los límites pudieron ser trazados: este momento fué el de la revolución de Julio, revolución inmensa, poderosa, que debió presidir á la regeneración del mundo, y que, vencida por la Diplomacia merced á su generosidad y mansedumbre, se está devorando á sí misma por no

<sup>1</sup> Todos estos conceptos han menester de justo correctivo, que el discreto lector habrá seguramente de aplicarles.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

haber tenido la conciencia de su poder y el sentimiento de su fuerza.

Si el carácter de las naciones puede conocerse por los resultados generales de su existencia política y social, y si en su carácter debe estudiarse su misión, jamás pueblo ninguno pudo desconocer menos la suya que el de Francia, cuya identidad consigo mismo es el hecho más evidente de su historia. Cuando la sociedad moderna aún no existía; cuando el suelo de la Europa, en vez de estar poblado de naciones, estaba cubierto de tiendas eternamente flotantes, que aparecían y desaparecían con las generaciones que se abrigaban en ellas, las tribus de los conquistadores y los fragmentos de las provincias conquistadas pugnaban por constituirse, y buscaban en vano para ello la unidad que pereció en el naufragio de Roma. En medio de este caos espantoso se vió aparecer en las Galias un hombre gigante, que constituyó un Imperio y resolvió el problema. Carlomagno encontró la unidad que la Europa necesitaba; y rechazando la invasión germánica del Norte, y la invasión árabe del Mediodía, constituyó la sociedad franco-romana, una, compacta y poderosa, y procuró el reposo á las demás para que se constituyeran. Su imperio se desmembró cuando estuvo confiado á la debilidad de sus imbéciles descendientes; pero el problema estaba ya resuelto, y el camino trazado para la sociedad que comenzaba á bosquejarse; y aunque la unidad establecida por él fué pasajera, aseguró al Mediodía su porvenir, haciendo imposibles nuevas invasiones peligrosas.

De este hecho primitivo de la historia de Francia resulta: 1.º, que esta nación fué la primera en conocer la necesidad del Mediodía de Europa; 2.º, que fué la primera en encontrar el medio de satisfacerla; 3.º, que habiendo sido la que defendió al Mediodía de las invasiones que le amenazaban, se colocó naturalmente al frente de esta parte del mundo en la carrera de la civilización; y 4.º, en fin, que su carácter, despojado del espíritu de localidad, se manifestaba ya revestido de una tendencia generalizada y expansiva, que explica su misión y que

nos revela su destino. Cuando las luces renacieron en Europa, los principios filosóficos encontrados por la civilización italiana, inglesa y alemana <sup>1</sup> tuvieron que pasar por él para generalizarse y dominar. Cuando los Reyes llegaron á la cumbre de su poder y de su gloria, la monarquía francesa era la más sólida y compacta; y, expresando mejor que cualquiera otra las necesidades de su siglo, fué conducida á la dominación. Cuando el movimiento filosófico y social hubo llegado á su apogeo; cuando en todos los ánimos se arraigó la idea de la necesidad de una revolución inminente, pero sin tener la conciencia de cuál debía ser el carácter, la marcha y el objeto de esta revolución, la Francia tomó la iniciativa; y revelando su secreto á las naciones, se levantó con una fuerza convulsiva, y sobre los escombros de los tiempos pasados escribió los derechos imprescriptibles del hombre con la sangre de los reyes <sup>2</sup>; y cuando la libertad y la anarquía fueron abismadas en el seno de la gloria, Bonaparte continuó en el mundo la revolución de Francia.

Su carácter se ha desmentido solamente en la revolución de Julio; y como es imposible concebir que un pueblo renuncie de repente su tendencia sin que un hecho poderoso no le haya modificado, este hecho existe, y es la Diplomacia; ella dictó sus leyes al Gabinete de las Tullerías, y le garantizó su existencia con sus combinaciones. La posteridad las pesará en su balanza; pero como hay ya algunos hechos concluidos, nosotros podemos juzgarlos con el carácter que se presentan.

Puesto que el principio expansivo y generalizador existe en la humanidad, este principio debe estar representado; y no estándolo ya en el Mediodía, se ha refugiado al Norte, que se presenta como invasor por todas partes. La Polonia fué su primera víctima. Los Estados de Alemania, la Italia, la Suiza y el Oriente se encuentran amenazados por sus armas. Y si las ana-

<sup>1</sup> Perdidos, que no encontrados. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> ¡Buen modo de escribir derechos! ¡Y qué derechos, santo cielo! — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

logías que nos ofrece la Historia no son ilusiones, sus armas deben ser vencedoras porque invaden; deben ser vencedoras por la misma razón que fué vencedora la Francia: por la misma que lo fué Roma: por la misma que lo fué Alejandro: por la misma que lo ha sido Napoleón.

Si después de haber considerado al Norte echamos una ojeada al Mediodía guiados por la luz siniestra de los contrastes, su cuadro se pintará á nuestra imaginación bajo un aspecto sombrío.

La Diplomacia, constituida en poder desde que Napoleón la abandonó la sociedad palpitante que había dominado con un cetro de hierro, fué bastante poderosa para trazar á la revolución de Julio su esfera de acción, y al espíritu público de la sociedad emancipada los límites que en otro tiempo sólo recibió de la victoria. Pero como el espíritu expansivo de la Francia era un hecho que podía ser contrastado, pero no extinguido, por un hecho contrario, su actividad volcánica, viéndose comprimida, se convirtió en fascinación y delirio; y no encontrando objetos exteriores en que ejercitarse, pugna por devorar á la nación francesa en sus incendios. Sólo por este hecho general, y no por el de las asociaciones políticas, pueden explicarse los movimientos febriles y convulsiones que se han experimentado en Lyon, y cuyas oscilaciones se han comunicado á la capital del reino.

En un pueblo donde las masas han recibido fuertes sensaciones de terror, de libertad ó de gloria; en donde están acostumbrados á organizarse bajo el influjo de un nombre y agruparse alrededor de una bandera; en donde han gustado ya de las borrascas del foro, más análogas á las pasiones de la muchedumbre que la monotonía de una existencia agostada por el trabajo, y limitada por los hogares domésticos, todo Gobierno es imposible si no proporciona á estas masas un alimento que baste para ocupar su actividad, saciando su imaginación y sus pasiones, ó si no las encadena con una argolla de hierro; es decir, que una sociedad así constituida sólo es susceptible de un despotismo asolante, de una república borrascosa, ó de un

Gobierno libre y moderado, pero con una guerra extranjera que, á falta de un gran sistema de colonización, pueda servirle de alimento. El despotismo es imposible ya en Europa: la República, tal como la conocieron los antiguos, no puede existir sin esclavitud: como la conoce la América, sin un continente virgen y sin una sociedad infante; como la conoció la Francia no es posible sino en un momento de transición, porque no tenía por objeto la libertad, sino la destrucción de todos los intereses creados por el transcurso de los siglos. Si la República está destinada á gobernar un día la sociedad europea, sus elementos serán nuevos como los de su civilización, y yo no creo que haya un solo hombre en la Europa que haya estudiado bastante la sociedad y penetrado en su porvenir, para que los haya descubierto y combinado. La Francia goza del único Gobierno que es posible; pero la Diplomacia le ha arrebatado la guerra, que era su condición necesaria si había de libertarse de esa fermentación que la devora.

La Bélgica nos ofrece otro ejemplo que sirve para caracterizar la Diplomacia. Francesa por sus costumbres, por su idioma y sus recuerdos, y sobre todo francesa por su posición, la Bélgica proclamó con aplauso los principios que habían triunfado en París, y conquistó su libertad é independencia rompiendo, como Alejandro, el nudo de sus relaciones con Holanda, y hollando con sus pies una corona. En este gran movimiento social ella se ostentó al mundo con unas fuerzas hercúleas, que hubieran sido bastantes para tener á raya las invasiones del pueblo vencido, puesto que habían sido bastantes para constituirle en pueblo vencedor. Pero la Diplomacia, que ha adoptado por principio que nada puede verificarse en las sociedades; que ningún hecho nuevo puede conquistarse un lugar entre los acontecimientos humanos, y que ninguna combinación espontánea puede perturbar la armonía de sus meditadas combinaciones sin que antes hayan sido reconocidas por ella y formuladas sistemáticamente por los que están iniciados en sus profundos misterios; la Diplomacia, consecuente consigo mis-

ma, hizo suya la revolución de Septiembre, como había hecho suya la revolución de Julio, y la imprimió el mismo carácter, que debía tener por resultado las mismas consecuencias.

Siendo un hecho concluído ya la separación de la Bélgica y la Holanda, la Diplomacia se apresuró á reconocerle, puesto que no podía impedirle; pero con la precisa condición de que había de abandonar su tendencia expansiva; tendencia que siempre ha sido su objeto destruir, porque no estando sujeta al cálculo escapa á sus combinaciones. Ella no había podido aniquilar esta tendencia en Francia, porque, formando la base de su carácter, no podría desaparecer de su revolución sin que se aniquilase la sociedad entera, como no podía desaparecer de sus anales sin que se aniquilase su historia.

Entonces la trazó límites, y dándola una falsa dirección produjo las consecuencias cuyo carácter dominante acabo de bosquejar. Pero en Bélgica el principio expansivo era un principio naciente, y tenía su origen más bien en la naturaleza de las ideas proclamadas en su revolución que en el carácter de aquel pueblo. La Diplomacia entonces le sofocó enteramente, y para impedir que pudiera renacer le destruyó en su causa destruyendo la dominación de las ideas. El hecho general de la Diplomacia en la cuestión belga, ha sido reducir una cuestión de principios á una cuestión de territorio y de intereses materiales; y su consecuencia necesaria, destruir en su origen un entusiasmo fecundo, despojando á la revolución de su carácter moral, á la sociedad de su energía, al hombre de su dignidad y su heroísmo. El pueblo que, inspirado por la libertad, apareció gigante, dirigido ya por la Diplomacia apareció pigmeo. Bruselas, que había visto á sus hijos cubiertos de laureles, pocos momentos después los recibió cubiertos de ignominia. Los hombres que derramaron gloriosamente su sangre por el triunfo de un principio, no tuvieron fuerza para combatir cuando sólo se trató de la posesión del Luxemburgo ó la navegación del Escalda.

Jamás se han presentado á los ojos del hombre observador

dos hechos tan contrarios entre sí, verificados en un mismo pueblo, representantes de dos opuestos sistemas, y existiendo en un mismo período de la historia, que puede ya apreciar su verdadero carácter. Sin duda una revolución inmensa había trastornado las fuerzas vitales de la sociedad para que apareciese cadavérica cuando acababa de ostentarse llena de vida y movimiento. Y, sin embargo, en su superficie todo se hallaba tranquilo: ninguna oscilación violenta había turbado su armonía: los mismos brazos que habían levantado sobre escombros el altar de la patria, estaban dispuestos á defenderle si nuevas tempestades amenazaban su existencia. Pero las tempestades se aglomeraron sobre su horizonte, y, sin embargo, no le defendieron. ¿Cuál, pues, era esta revolución real, puesto que sus consecuencias la proclaman, pero no aparente, porque sus convulsiones no la indican?

Los hombres superficiales, acostumbrados á no ver una revolución sino en las oscilaciones anárquicas, no podrán explicar este fenómeno de la sociedad belga; pero el filósofo, que sabe que una revolución es como la Divinidad, que crea ó aniquila las sociedades con una sola palabra, con su sola desaparición ó con su sola presencia; el filósofo, que sabe que esas oscilaciones pasajeras, que el vulgo distingue con el nombre de revolución, no son sino sus consecuencias más remotas; el filósofo, que, penetrando con su vista en las entrañas de una sociedad magníficamente organizada, sabe distinguir tal vez un principio de muerte, al mismo tiempo que en el seno de una sociedad ruda, borrascosa y salvaje un principio fecundo de vida, no dudará en designar como única causa de la degradación moral é instantánea de la Bélgica la desaparición del dominio de las ideas expansivas de independencia y libertad, y la presencia de la Diplomacia como poder, apoyándose sobre todos los intereses materiales de la sociedad emancipada. Sólo la presencia ó desaparición de aquellas ideas pueden elevar á un pueblo como por encanto al templo de la gloria, y sumergirle un momento después en el lodo de la ignominia.

Jamás ningún pueblo ni ningún conquistador han hecho brillar su espada sobre la cerviz del mundo en nombre de intereses materiales, sino en nombre de un principio, porque siempre hay en las naciones un principio que las domina; bajo su inspiración se lanzan los pueblos á la arena, nacen los grandes hombres, marchan las sociedades. Si es un pueblo el que le representa, este pueblo inclinará á su favor la balanza de la gloria: así fué Grecia en los campos de Maratón: así Roma cuando al mismo tiempo allanaba los muros de Cartago y hacía expirar la libertad en Corinto: así los bárbaros del Norte cuando inoculaban en el seno de una sociedad envilecida el principio de la independencia con un bautismo de sangre. Si es un hombre, este hombre será un conquistador y ceñirá una diadema: así Alejandro, que debía facilitar á Roma la conquista y la asimilación del Oriente, marchó guiado por su estrella, habiendo encontrado en la tumba de Aquiles un recuerdo, y en su instinto la esperanza: así Mahoma enseñó al árabe vencedor el camino de todas las naciones, y el ardiente caballo del desierto supo salvar sus límites, y refrescarse con las ondas del Tajo y las del Indo: así Napoleón, destinado á reconcentrar las fuerzas vitales de una sociedad desorganizada, brilló como un meteoro en Egipto, apareció como un gigante en Moscou. Cuando las ideas que representan estos hombres y aquellos pueblos abandonaron el dominio del mundo, su estrella se eclipsó para siempre y se hundieron en la tumba.

Sí; la razón nos dicta y la Historia nos enseña que sólo en nombre de la inteligencia se puede dominar, porque sólo á ella pertenece el dominio absoluto de las sociedades. Sí; la razón nos dicta y la Historia nos enseña que la inteligencia está representada siempre por un principio en cada período de la sociedad; y que, cuando por un extravío culpable ó por una ignorancia presuntuosa, la sociedad quiere gobernarse en virtud de otras leyes que las que emanan de este principio sagrado, y cuando quiere revestirse de otras fuerzas que las que recibe de él, su destino es pasar como una sombra, pere-

cer de inanición ó arrastrar una cadena <sup>1</sup>. Así la Bélgica, extraviada en el dédalo inmenso de combinaciones que no nacen del principio que las dió el ser, dominada por el poder bastardo de una Diplomacia que nada sabe, y que no comprende á la misma sociedad que piensa que dirige en su delirio, ha perdido la dignidad y el carácter de una nación que se pertenece á sí misma, y ni aun su historia podrá aprender en sus anales sino en los archivos de una nación extranjera. La corona de su triunfo se ha marchitado en su frente. Su nacionalidad es una irrisión vergonzosa y una palabra sin sentido. Su Constitución y su rey le han venido de Londres: su existencia material le está garantizada por el Gabinete de las Tullerías: á ella no le pertenece sino una bella mañana seguida de una noche eterna. Ni ¿cómo pudiera ser capaz de grandes esfuerzos, de nobles y generosas virtudes, una nación á quien la Diplomacia ha arrancado de la arena política, á quien ha despojado de su individualidad, á quien ha condenado á ser teatro, pero nunca actora, de los destinos del mundo? ¿En virtud de qué títulos, con qué poder, la Diplomacia borra así las naciones del libro de la vida?

La Diplomacia constituida en poder, no sólo es tiránica y absurda, sino impotente para el bien, aun cuando quiera producirle. El principio de tantas calamidades para las naciones no puede derramar beneficios sobre el hombre: está condenado á la esterilidad como el crimen. Todos, al recordar su impotencia, recuerdan, sin duda, á la desgraciada Polonia.

Pura como las nieves que la cercan, interesante como una víctima destinada al sacrificio, tal apareció al universo cuando, mirando á la Francia y entre los brazos de su verdugo, hizo resonar hasta en el polo el eco de libertad que se escuchaba en el Sena. Desgarrada por un triunvirato de naciones que la Diplomacia había abortado y que consintió la Diplomacia, ella se levantó de su sepulcro contra sus opresores como un remor-

<sup>1</sup> No se olvide que el fatalismo es el alma del liberalismo, de que se muestra poseído Donoso en todo este escrito. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN)

dimiento aterrador; porque si ellos habían podido lanzarla en la tumba, la libertad y la religión pudieron arrancarla de su letargo, y revestirla de una aureola de gloria; su aparición ha sido breve; pero el instante en que brilló fué magnífico y sublime; las oleadas de los descendientes de los antiguos tártaros se estrellaron ante los pies de la hija de la civilización moderna; ella vistió un momento de luz aquel horizonte sombrío: el héroe ante quien se aplanó el Balkán, y ante quien tembló Bizancio, vió secarse sus laureles en aquella lucha innoble, detenido en su carrera por la mano de un asesino ó por la cólera del cielo. Pero su vida, que fué una lucha constante, era también una agonía prolongada. En vano tendió sus manos á la Europa; la Europa no tenía más que lágrimas que ofrecerla en holocausto: la Diplomacia no supo encontrar un remedio para su infortunio en sus combinaciones. En vano los pueblos quisieron lanzarse en la arena: la Diplomacia trazó á su rededor un círculo inflexible: ni un sólo navío surcó las ondas del Báltico para sostener en aquellas regiones apartadas á la libertad expirante. Mientras que en la Cámara francesa, combatida de un furor impotente, resonaban aquellas palabras memorables: "la nacionalidad de Polonia no perecerá," el pie del cosaco la hollaba sin pudor entre la sangre y el lodo; los muros de Varsovia se allanaban como los de un templo á quien la Divinidad ha abandonado, y el puñal del tártaro se clavaba en el seno de la virgen sobre cuya frente se agitaban las palmas de la gloria, y que, cubierta con sus ensangrentadas tocas, bajó otra vez al sepulcro ceñida con la corona del martirio. Ella reposará en su sueño hasta que, evocada otra vez por los principios mágicos que sólo constituyen su nacionalidad, se levante ensangrentada y vengadora, y persiga á su tirano aun en medio de sus triunfos, siempre unida á su existencia como un cáncer, que hará terrible su agonía y dolorosa su muerte. Entretanto, los hijos de esa nación sin ventura recorren la Europa víctimas de una noble proscripción, pidiendo el pan de la piedad de mano del extranjero, y eucantando su corazón y sus oídos, no como los